

¡Hay que ver! Un tesoro del año 1 500

Jesús de la Villa

A principios del año 1998, durante los trabajos previos al montaje del Museo Comarcal de Arte Sacro, que se inauguraría ese mismo año, se decidió desmontar el llamado Retablo de las Ánimas, que se hallaba en San Miguel de Reoyo. Este retablo era el resultado de una recomposición realizada en el siglo XIX con piezas procedentes de otros retablos y algunos cuadros sueltos. La parte más importante de ese batiburrillo,



Fig.-1 Retablo de las Ánimas. Estado hasta 1998.

que podríamos calificar de verdadero Frankenstein artístico, eran los trece relieves, más el calvario, procedentes del antiguo retablo mayor de la iglesia de Reoyo, cuando todavía se llamaba San Salvador de Reoyo. Además, había trozos de las partes arquitectónicas de ese retablo, más un cuadro de la Virgen de la Soledad del siglo XVII, colocado en lo más alto. Y, finalmente, al desmontarlo, se pudieron recuperar tres magníficas

tablas atribuidas a un anónimo Maestro de Osma.

Habían formado parte de otro retablo diferente, dedicado a San Miguel. La tabla central, de más de un metro de altura, representa al propio Arcángel San Miguel luchando con Luzbel y los otros ángeles caídos y rodeados de otros monstruos. Otras dos tablas más pequeñas, pertenecientes a la predela, es decir, la parte más baja del retablo, representan a San Juan Bautista y San Jerónimo. De la primera tabla, la de San Miguel, había ya noticia antes de su recuperación, pues algunos especialistas en arte la habían mencionado, aunque sin darle demasiada importancia. Las otras dos eran desconocidas y nunca habían sido publicadas. La recuperación de estas piezas constituyó una gran sorpresa cuando se hallaron y, por fortuna, forman parte hoy del Museo Comarcal de Arte Sacro, donde constituyen uno de sus tesoros más valiosos.

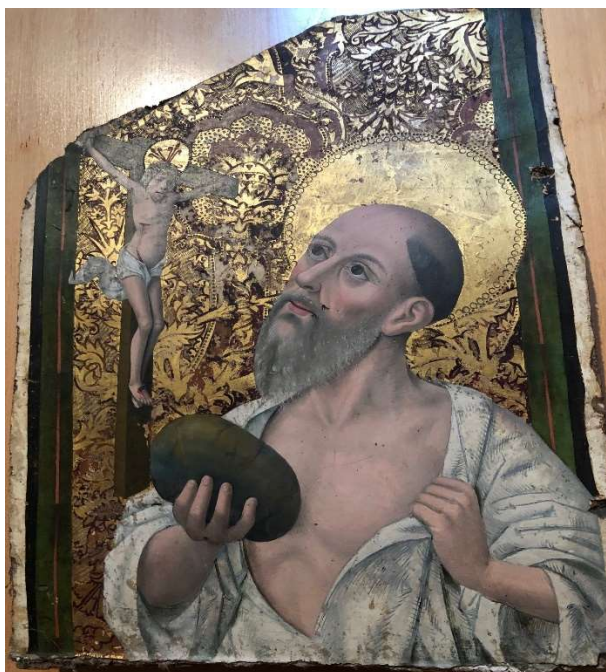
Pero podemos preguntarnos: ¿quién las pintó? ¿Para dónde se pintaron? ¿Cómo llegaron al antiguo Retablo de las Ánimas?

Empecemos recordando el momento histórico en que se pintaron, en torno al año 1 500. En la segunda mitad del siglo XV y los primeros decenios del siglo XVI, el Reino de Castilla experimentó un prolongado período de prosperidad. Por un lado, la producción agrícola y ganadera había

aumentado considerablemente; las exportaciones de lana a los países del norte de Europa eran muy importantes y todo ello permitió generar unas rentas y una riqueza bien distribuida geográficamente, puesto que afectaba a todas las poblaciones del Reino. Por otro lado, las ciudades habían crecido en población y en prosperidad, basadas en una incipiente industria y en un comercio importante. Esta riqueza general se reflejó en el arte, puesto que una parte considera-

ble de las rentas pudo desviarse a gastos no estrictamente de subsistencia. En el ámbito civil, las grandes familias, tanto de nobles como de burgueses, se construyeron palacios y casonas con talladas fachadas y amplios patios. En el ámbito religioso, se renovó o construyó una gran cantidad de iglesias, monasterios y hasta de catedrales.

Pero estos suntuosos edificios requerían ser acondicionados y decorados en su interior. Como resultado, surgieron talleres de arquitectos, pintores y escultores en las principales ciudades y villas del Reino. A veces se trataba de artistas venidos de otras tierras, de Italia, de Francia, de los Países Bajos, de Borgoña; otras veces eran artistas formados en las tradiciones autóctonas, pero que recibían la influencia directa del arte europeo.



Fig,2-Maestro de Osma. San Jerónimo.

En lo que a la pintura se refiere, que es lo que nos interesa en este caso, conocemos la obra de grandes nombres, como Bartolomé Bermejo (1440-1501), nacido en Córdoba, pero activo sobre todo en el Reino de Aragón y en Valencia, que recibió la influencia tanto de Italia, como, sobre todo, de Francia y el norte de Europa; o como Fernando Gallego (1440-1507), activo sobre todo en Salamanca y su área de influencia, que es el mayor representante de las llamadas escuelas

hispano-flamencas, por seguir las directrices artísticas venidas de Flandes. Pero, junto a estas grandes figuras, hay otros muchos autores, decenas de ellos, de los que no conocemos el nombre y que, al catalogar su obra modernamente, han recibido la denominación de “maestro”, asociándolos a un rasgo estilístico o al lugar donde se halla su obra más importante o donde se identificó por primera vez su personalidad. Existen así el Maestro de las Clavelinas, caracterizado por la decoración floral que rodea a las figuras; el Maestro de las Oncemil Vírgenes, por ser una tabla con ese tema la primera suya que se describió; el Maestro de Palanquinos, por ser el autor desconocido del retablo de la iglesia de esta población leonesa; el Maestro de Manzanillo, autor de la espléndida pintura del entierro de Cristo de la parroquia de este pueblo tan cercano a Peñafiel, y otros muchos. Entre ellos, uno de gran importancia es el Maestro de Osma.

Este pintor, del que desconocemos, como de los otros, el nombre, fue identificado por vez primera por el gran historiador del arte español Chandler R. Post en 1947. Le dio este nombre por atribuírsele un precioso retablo, dedicado a la Virgen, que se halla en la capilla de San Ildefonso de la Catedral del Burgo de Osma. Vivió a caballo entre el siglo XV y los primeros años del siglo XVI.

Su estilo continúa las tradiciones del gótico, con una gran influencia flamenca. Se caracteriza por su maestría en el dibujo y un riquísimo colorido de verdes, rojos y dorados. Las escenas de sus pinturas suelen ocupar toda la superficie de la tabla y se organizan, todavía sin gran dominio de la perspectiva, en diferentes niveles.

Una vez identificada aquella primera obra y el estilo de este autor, comenzaron a atribuírsele otros trabajos. Así, en la misma catedral del Burgo de Osma hay varios cantorales con preciosas miniaturas policromadas, procedentes del monasterio jerónimo de Espeja, que con toda probabilidad fueron pintadas por el mismo maestro en los mismos años que el retablo citado de la catedral.

Cerca de Osma, en la colegiata de Berlanga de Duero, se encuentra el magnífico retablo de la capilla funeraria de los hermanos gemelos Juan de

Ortega, obispo de Coria, y Gonzalo Bravo de Laguna, padre del comunero Juan Bravo. En él, entre varios bajorrelieves, hay cuatro tablas atribuidas también al Maestro de Osma.

El catedrático de arte de la Universidad de Valladolid, Juan José Martín González, consideró que estas obras sorianas pertenecerían a la primera época de trabajo del maestro. Luego, se habría trasladado, bajando el Duero, a la zona de Peñafiel. En nuestra comarca se conserva el grueso de la obra todavía *in situ*. Una de las obras más famosas es el retablo de San Miguel, procedente de Corrales de Duero y que hoy está en el Museo Diocesano de Valladolid. En la misma parroquia de Corrales, todavía se conservan restos de la predela o zona baja de, al menos, otro retablo, con muy buenas pinturas también del Maestro de Osma. Todas estas obras constituyen un indicio de la prosperidad de estos pequeños pueblos, que podían encargar trabajos a artistas consagrados y que ya habían trabajado para catedrales.

Procedentes de Curiel de Duero, se conservan en el Museo de Valladolid tres tablas: una Visitación, una presentación de la Virgen en el Templo y, sobre todo, un maravilloso llanto sobre Cristo muerto, en perfecto estado de conservación. Muy cerca de Peñafiel, en la parroquia de Langayo, hay una magnífica tabla que representa a San Pedro como papa, que probablemente también salió de su mano.

Otras obras, por desgracia, han salido del ámbito en que actuó el maestro. Hay dos tablas con una anunciación en el Museo del Prado. En el Museo Arqueológico Nacional hay otras dos tablas, que representan la Adoración de los Reyes Magos y una Asunción de la Virgen. También en Madrid, en el Museo Lázaro Galdiano, hay una Santa Ana, la Virgen y el Niño, con San Juan, así como una tabla con San Antonio de Padua y San Bernardino de Siena. En el Instituto Valencia de Don Juan, de Madrid, hay un tríptico cuya tabla central representa al Salvador del Mundo. Finalmente, en la colección Arburúa se conservaba en 1979 una tabla con las imágenes de los mártires San Crispín y San Crispiniano.

Más lejos, pero todavía dentro de España, hay un Calvario atribuido a nuestro autor en el Museo

de Bellas Artes de Valencia. Todavía más lejos, en el gran Museo del Louvre, hay dos tablas procedentes del Burgo de Osma en las que figuran la Virgen entronizada y San Ambrosio. Y aún más alejadas, al otro lado del mar, se exhibe en México, en la Academia de San Carlos, una tabla con Santa Catalina y Santa María Magdalena. Finalmente, en el impresionante Museo Metropolitano de Nueva York, se expone una tabla con el tema que debía de serle grato de Santa Ana, la Virgen y el Niño.

Como se ve, algunos de los mejores museos del mundo presentan orgullosos obra de este autor que, dado que pintó tanto en nuestra comarca, podríamos imaginar como vecino de Peñafiel durante algún tiempo. Y en el propio Peñafiel podemos estar orgullosos de tener hasta tres pinturas suyas, como ya se ha dicho. La de San Miguel luchando contra los ángeles rebeldes es la mayor, pero también la que está en peor estado. En algún momento, durante el siglo XIX o principios del XX, las caras de los diablos y monstruos a los que vence el arcángel fueron raspadas y rayadas por mano ignorante, aunque



Fig. 3 -Maestro de Osma. San Juan Bautista.

una devota, que quiso eliminar a aquellos seres que lucharon contra el mismo Dios. Aun así, el colorido es extraordinario, con un fondo azul cobalto que representa el cielo y una figura de San Miguel sujetando un escudo, pintado con una gran maestría de colores y reflejos. De las otras

dos tablas, la de San Jerónimo golpeándose el pecho con una piedra por penitencia es casi idéntica a una de la predela del retablo de la catedral del Burgo de Osma; la de San Juan Bautista no tiene paralelos. Las dos están en perfecto estado de conservación y las imágenes, siguiendo la tradición gótica, están enmarcadas por sendos fondos dorados.



Fig. 4 -Maestro de Osma. San Miguel vence a los ángeles rebeldes.

Ya hemos situado, por tanto, al autor en su época y hemos presentado muestras de su actividad. Pero hay otras preguntas que constituyen pequeños enigmas y que deberíamos responder ¿para dónde se pintaron estas imágenes? ¿cómo llegaron a la iglesia de Reoyo? Una posibilidad es que fueran pintadas para un retablo secundario de la misma iglesia, que hasta el siglo XVI tuvo como advocación San Salvador. Por lo tanto, no podían corresponder al retablo mayor, pues estaba dedicado a Cristo.

Pero hay otra hipótesis más sugerente: que procedieran de otro templo y fueran en algún momento trasladadas a Reoyo. En efecto, en Peñafiel existió una ermita de cierta importancia dedicada a San Miguel, que se hallaba en la salida hacia el Valdobar, exactamente donde después, en el siglo pasado, se construyeron las escuelas y luego más tarde se han ubicado diferentes dependencias oficiales relacionadas con la agricultura. Sin duda, esta ermita tuvo un retablo principal dedicado a San Miguel. Quizá fuera para esta ermita para las que el Maestro de Osma pintó las tablas que se conservan. En tal caso, ¿cómo llegaron hasta Reoyo? La hipótesis sería en este caso la siguiente: es sabido que el Duque de Osuna en el siglo XVI decidió agrandar y enriquecer la iglesia que estaba más cerca de su palacio, es decir, la del antiguo San Salvador de Reoyo. Su intención era convertirla en colegiata.

Y quizá entonces es cuando cambiara la titularidad de San Salvador a San Miguel, sin duda para evitar que hubiera dos iglesias dedicadas a San Salvador en Peñafiel, puesto que también existía el importante templo de San Salvador de los Escapulados. Puede ser que en este momento se decidiera pasar a la nueva iglesia de San Miguel el retablo, o partes de él, que presidía la antigua ermita de San Miguel, de la salida del Valdobar. Esta ermita, con el tiempo, terminó desapareciendo. En cualquier caso, en el siglo XVIII se encargó un magnífico retablo barroco para la nueva parroquia de San Miguel de Reoyo, el que todavía hoy preside la iglesia. Las antiguas tablas del Maestro de Osma quedarían arrumbadas y sin función. Y, finalmente, a principios del siglo XIX, como ya se ha dicho, encontrarían su camino para formar parte de esa “macedonia” de arte que era el antiguo Retablo de las Ánimas. Y así llegaron hasta nosotros.

Hoy podemos contemplar y disfrutar de estas tres magníficas pinturas del Maestro de Osma en nuestro museo comarcal. Son una parte muy valiosa de nuestro patrimonio. La obra del anónimo maestro, del que quizá algún día conozcamos el nombre, son parte de los tesoros, a veces poco conocidos, que guarda nuestra villa-